



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



24 de agosto de 1889



Núm. 95



EL DÍA TEMPESTUOSO



UN RATO DE CHARLA

ALGUNOS periódicos, con motivo del *brillante éxito* (frase de rúbrica) alcanzado por las verbenas celebradas en la villa y corte los días de San Cayetano y San Lorenzo, han dado en la flor de *sacarle punta* al hecho en cuestión filosofando á trapo tendido sobre la importancia, trascendencia y sintomatología moral de tales acontecimientos.

¡Cosa más peregrina!

Las verbenas esas han sido nada más que lo que en Barcelona llamamos *ferias* con acompañamiento de *sortijas*, lo que en los pueblos de Cataluña se llama la *fiesta mayor*, y lo que, sin ser Barcelona ni pueblos del Principado, se ve en todas las poblaciones de la península é islas adyacentes y ultramarinas cuando se festeja al patrono de la localidad.

Pero, y eso es lo más particular, generalmente el lucimiento de esas fiestas está en razón inversa de la prosperidad del país. Si en Barcelona los negocios hubiesen marchado viento en popa, no se hubiera celebrado la Exposición Universal. Si en París no hubiese reinado un profundo malestar, tampoco se hubieran visto *obligados* á hacer eso de la Torre Eiffel para atraer gente. El significado de tales fiestas lo *shintetizó* brutal y groseramente un jornalero á quien, con ocasión de no recuerdo qué extemporáneas ferias que hubo aquí hace tres ó cuatro años, oí exclamar con cínica expresión:—*¡Las festas de la gana!*

Es indudable que si el país se encontrase en mejores condiciones no pensaría en divertirse agarrando la ocasión por los cabellos.

Yo, que á lo mejor me suelo ir *por los espacios imaginarios*, me he fijado profundamente en una sola circunstancia: en eso de haber amasado un gran San Lorenzo de pasta relleno de pasas y haberlo hecho después rebanadas para comérselo entre los feligreses.

¡No he salido todavía de mi asombro! ¡Es lo que en el solsticio de invierno hacían los aztecas con la estatua de Huitzilopochtli (el *Huchilobos* de nuestros historiadores), amasada con pasta de diversas semillas y rellena de granos de amaranto silvestre! Verdad es que á la efigie del San Lorenzo comestible de que hablamos le faltaba cierto ingrediente que empleaban los aztecas; pero el hecho, en el fondo, es el mismo. ¡Vaya V. á averiguar las misteriosas reminiscencias que han hecho surgir esa idea *hagiofágica* en pleno Madrid de á fines del siglo XIX!

Este pormenor, á la verdad, me ha interesado más que la parodia de la Torre llamada, también por parodia, *Infiel*. ¿Semos ó no somos originales?

Porque ello es que, quizás pequeños de exagerados, pero los extranjeros nos tienen por gente muy original, y hay que conservar esa reputación, apartándonos especialmente de copiarles nada á los parisienses, decididamente insoporables ya con su Exposición.



La comedia

Y hé ahí un pueblo que ha estado dando estos días un espectáculo archisoberanamente ridículo con el Shah ó el Chah ó el Schah, que de todos estos modos lo escriben.

Claro está: cuando no hay otra cosa es preciso pasar por lo que hay, y esta vez no han tenido los parisienses otros visitantes de testa coronada que el tal Chah y el rey de los helenos. Pero, vamos, que lo que han hecho con ese *guasón* de la patria de los melones, que se ha estado burlando de ellos, ha pasado de la raya. ¡Cuánta ovación! ¡Qué delirio por ver á un hombre que come con los dedos y tira los huesos por la ventana! ¡Y todo porque Nasr-ed-Din va cuajado de diamantes!

Aparte de esto, creo que los contribuyentes franceses deben haberse felicitado grandemente de vivir en república, porque realmente no habría lista civil posible con un rey de las tragaderas del augusto soberano despótico de la Persia. Aquello de

Ayer convidé á Torcuato, etc.,

son *tortas* y pan pintado con relación al hombre que se almuerza un cordero, ocho *pacarritos*, chuletas, arroz, frutas á granel y qué sé yo qué más, y que, al regreso de una comilona oficial, lo primero que hace al llegar á casa es gritar que tiene hambre.

Esos *menus* explican el orgullo del Schah. Es el rey de los reyes y el rey de los estómagos.

Y á veces un buen estómago es una gran cualidad para un hombre político.

Cuéntase, en efecto, que cuando las paces entre Alemania y Francia, el año 71, tuvo el ministro de Hacienda francés M. Pouyer Quartier que celebrar una importante conferencia con el conde de Bismarck á propósito de no recuerdo qué asunto de indemnización. El canciller, pillín como él solo, imaginó que podría salirse con la suya mareando al francés, y á este objeto llenábale á cada momento el vaso. M. Pouyer, cuya cabeza es, al parecer, de hierro, aceptaba sin pestañear y al momento devolvía el obsequio al alemán que... sucumbió, ganando la partida, en favor de su país, el patriótico ministro.

En eso, como en todas las cosas, es preciso no abusar, sin embargo, pues el comer y el beber en demasia no da buena idea de lo que debe ser un gobernante, sobre todo á los innumerables sujetos que no comen ni beben por falta de recursos y que saben que, si se hartan los otros hasta indigestarse, no es en aras de la patria.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





El
caimán
pequeño



PERIQUILLO



PERIQUILLO recibió un día en su casa una paliza porque fué y peló un gallo vivo en el corral y lo soltó luego para reirse de verlo cacarear entre las gallinas.

No era mal intencionado el zagal, pero era irreflexivo, y para el caso era lo mismo. De cuantos animales vivían en la casa, ninguno había que no pudiera contar algo de sus uñas: un día calzaba un gato con cascaras de nueces; otro cortaba la cresta á una gallina y le ponía en su lugar otra de bayeta, de tal suerte que nadie sospecharía, efecto del color de la tela, que hubiese sido sacrificada. La sorpresa era cuando la *victima* trababa riña con otra compañera de bandada y ésta, en un exceso de furor y ante la familia que tomaba la recacha en el corral, le arrancaba el postizo de un picotazo, con terror y pismo del auditorio.

—¡Anda, mala sangre!—decía furiosa la madre dándole un *torteo* al muchacho.—Toma, pa que otra vez cortes la cresta á los animales.

La carga de palos fué en relación con lo grande de la herejía; y tanto se *inspiró* la madre, una vez calentado el brazo de dar leña, que el pobre sangraba por ojos y nariz, é hizo propósito firme de escaparse apenas cesara el aluvión de golpes y puñadas.

Había leído el zagal la historia de Bertoldo y Cacaseno; y muy animado con las aventuras de que llenóse la cabeza, y dispuesto á realizar otras tantas, escurrióse, no bien hubo vuelto el rostro la madre, por la puerta del corral, salió á carrera tendida por los campos, y, soportando las fatigas del camino, perdió de vista la aldea y se proclamó nuevo personaje de leyenda.

Andando, andando, llegó á un camino que conducía á un distante pueblo, y allí encontró á varios muchachos que jugaban á la rayuela, echando cuartos en vez de tejoletos.

—¿Ande vas?—preguntóle uno de los muchachos.

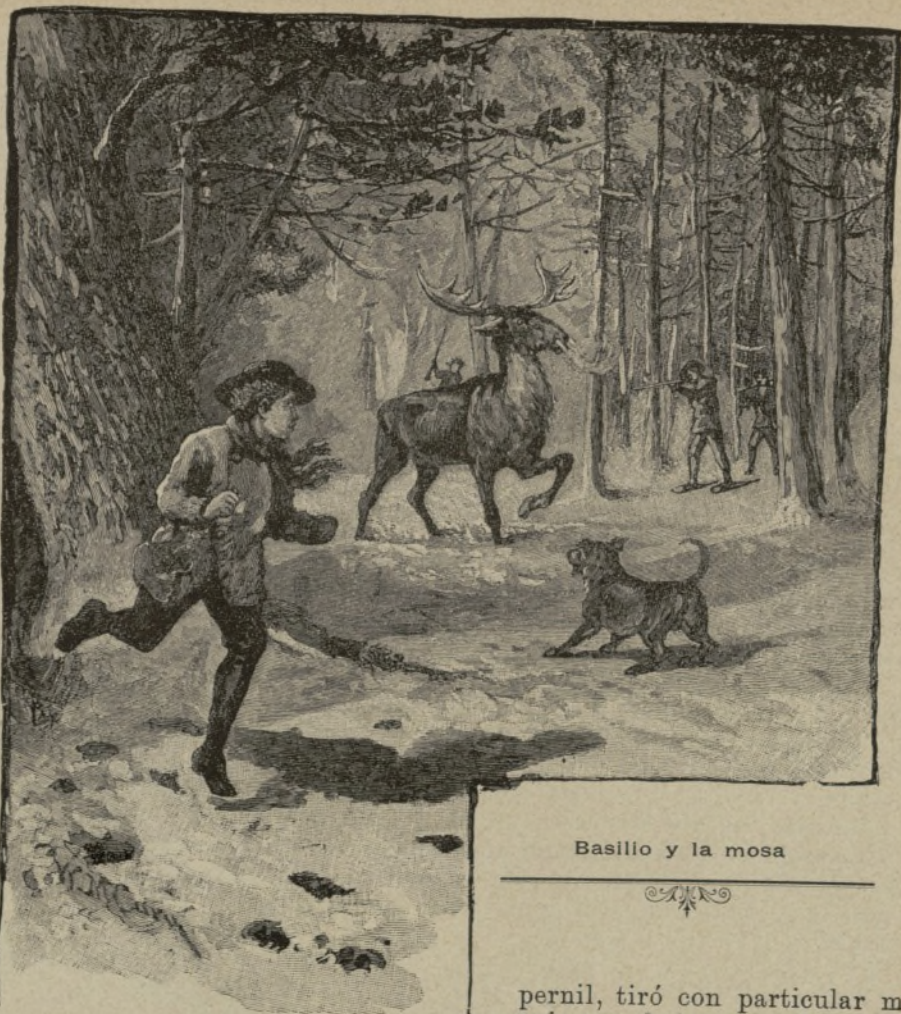
—Por ahí. ¿Queréis que juegue?

—Sí, pero tienes que poner dinero.

—Préstame tú que tienes.

—Bueno, pero no es dao: ¿eh?

Ginés compartió su capital con Periquillo, el cual, arremangándose el



Basilio y la mosa

en un solo pie como las grullas (por supuesto que nadie ha hablado de zapatos), y empezó á dar *uñarás* á la pieza para sacarla rodando del juego.

A poco, Perico pagaba, con ganancias, los cuartos que recibiera prestados, y le sobró un real que guardóse ufano en el bolsillo.

Volvió la espalda con esa total ausencia de cumplidos de los muchachos, y tirando delante de sí en el camino, á grandes distancias las monedas para luego darse el gusto de encontrarlas, topó, tras de largo andar, con un cabrero que, dispuesto á volver al pueblo, congregaba bajo la porra su ganado; y, haciendo Perico para sí, dijo de tú por tú al pastor, parándose de pronto en el camino.

—¿Quies que mame una teta?

—Y ¿qué dirá mi amo si la mamas?

—Que se ha puesto mala la cabra.

—Pero, con una teta llena y otra vacía, dirá que solamente ha comió por un lao.

—Escuida, que yo las emparejaré las dos.

—Bueno, pero tienes que darme dos cuartos.

—¿Pa quién? ¿Pa tu amo?

—Pa mí: necesito mercar un cascabel.

Dió Perico su dinero, y, haciendo la del chivo, que tan pronto se cuelga de un lado como de otro, metióse el pezón en la boca é hizo gotear tibiamente la ubre.

—¡Dios, qué güena!—exclamó después de la panzada y una vez en alto Periquillo.—Y ¿es mu rico tu amo, tú?—agregó mirándole muy fijo á la boca como si hubiera de ver salir las palabras.

—¡Claro! ¿No ves que es suya la posá...?

—¡La posá! Por allá mē voy contigo.

Pastor y aventurero pusiéronse á la cabeza del ganado, y, cada cual haciendo, antes de partir, su cigarro de pámpanas secas, pusiéronse en la vereda tomando la dirección del pueblo.

Cuando llegaron, diéronle posada á Perico en una habitación contigua al corral; y lo mismo fué verse solo que aparecer en su cerebro el recuerdo de su madre, con lo cual sintió que querían venir lágrimas á sus ojos.

¡Haber dejado él su casa! ¡El, á quien tanto quería su madre, á pesar de la paliza! Casi no acertaba á creerlo. A poco de echar la cabeza en la almohada, sintió roncar á los arrieros. Para él no había sueño aquella noche. Era la primera de su vida en que se desvelaba. Uno á uno fué oyendo todos los rumores de la noche, el patear de las bestias en el corral, las patrullas que pasaban por la calle.

Era cosa resuelta: al rayar el día volvería arrepentido á su casa y pediría perdón á su madre: no había nacido él para Cacaseno.

El gallo dió en esto su primera señal anunciando la proximidad del alba. Sus ojos se arrasaron de lágrimas. Pasó por su imaginación la escena del día anterior, y recordó su herejía cometida con el ave madrugadora que todas las mañanas cantaba á su ventana con voz llena de cariño:—¡Aquí está el día!

Su resolución se hizo inquebrantable. Al rayar el día púsose de punta sin necesidad de que lo llamasen, pagó el real que había ganado á los muchachos al posadero, tomó de nuevo la dirección de su casa, y dejó de ser héroe de leyenda.

SALVADOR RUEDA





El invierno

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

III

PALACIO DE LAS MÁQUINAS

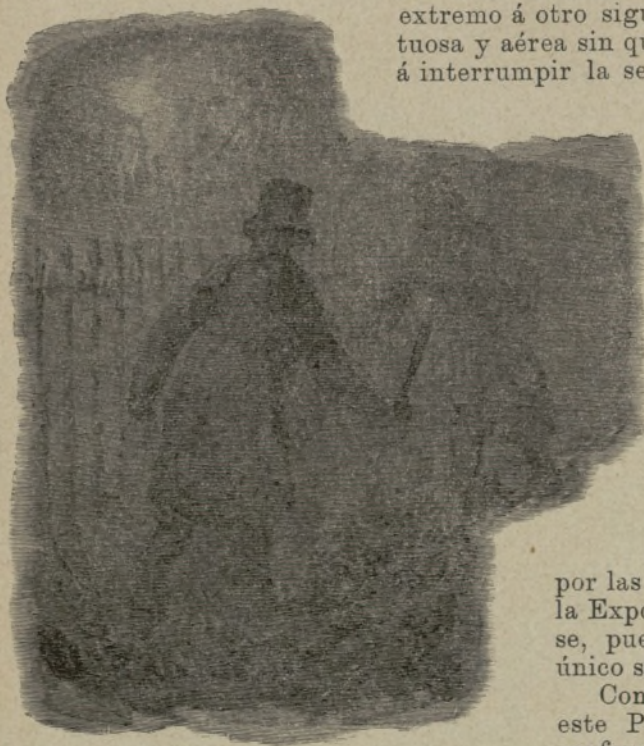
Os lo dije ya en mi primera reseña: el Palacio de las Máquinas y la Torre Eiffel son lo mejor de lo mejor de esta asombrosa Exposición; tanto, que bien vale emprender un viaje para ver estas portentosas obras. De la Torre nada tengo que añadir á lo que os llevo dicho: cuanto al Palacio, vamos á dedicarle por entero nuestra revista de hoy.

Precede á su entrada un espacioso vestíbulo, adornado con magníficas vidrieras de colores y coronado por una cúpula en forma de sol, estando en comunicación por un ancho paso cubierto con el Dôme del Palacio de la Industria. Es suntuosísima la escalera de doble revolución que conduce á las galerías, con la baranda de hierro forjado.

El Palacio afecta la forma de una nave semielíptica, ó sea de una ojiva

rebajada, de 110 metros de anchura por 420 de longitud y 43'50 de elevación, estando trabada con dos galerías laterales paralelas al eje longitudinal, de 15 metros de anchura, cuyas armaduras forman una serie de machones, pero de tal manera que al primer golpe de vista no se distingue más que un todo único y no tres partes. Y ahora ¡cómo describir la impresión que produce contemplar aquella inmensa bóveda de hierro que no se sabe cómo ni por dónde se sostiene! Las naves de las catedrales descansan sobre pilares: aquí

los arcos arrancan del suelo mismo, y de un extremo á otro sigue la vista la curva majestuosa y aérea sin que el menor obstáculo venga á interrumpir la seductora perspectiva.



La niebla

Los problemas, felizmente resueltos, que implican la realización de este Palacio, son á cual más difíciles. Primero: la cimentación. Cada armadura sólo estriba sobre dos puntos de apoyo: así han debido construirse cuarenta pilas formidables. Hubiera podido echarse mano de los tirantes subterráneos, pero impedíalo la consideración de los numerosos trabajos de aquel género requeridos

por las diversas canalizaciones de la Exposición. Hubo de renunciarse, pues, á ello, y contar, como único sostén, con los cimientos.

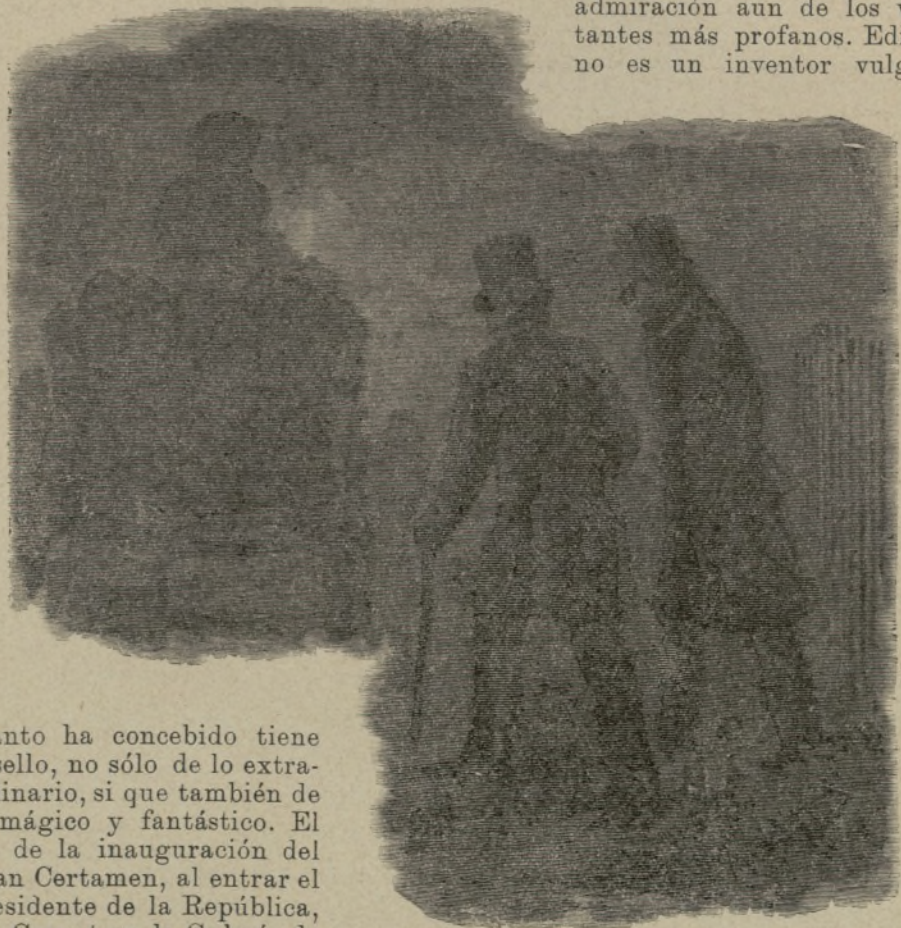
Como para la construcción de este Palacio se ha empleado con preferencia el hierro, su peso resulta enorme, siendo verdaderamente prodigioso el triunfo conse-

guido por el arquitecto, autor del plano, Mr. Dutert. Para que podáis formar aproximada idea de ello, os diré que el empuje horizontal de los arcos es de 115,000 kilogramos; los cojinetes de bronce que cubren las pilas soportan un peso vertical de 412,000 kilogramos.

Cada armadura lleva 32,000 reblores; el peso de cada una es de 196 toneladas, excepto las de los extremos, que son dobles; peso total de las armaduras, 3,008 toneladas. Añadiendo ahora el de las jácenas, cabriales, armazón de cristales, piezas accesorias, canalones, etc., suma todo ¡7,400 toneladas de hierro!

Cuanto á su decorado, consiste sencillamente en haberle dado al hierro una capa de amarillo rosado. Techo de cristal estriado de Saint-Gobain; y donde acaba el cristal, plafones con los escudos de las naciones y ciudades, rodeados de *cartuchos* de piedra artificial esmaltada. Grandes rosetones en las dos fachadas de la Avenida de la Bourdonnais y de Suffren. En la primera, á cada lado de la puerta, un grupo simbólico de 12 metros, pedestal inclusive.

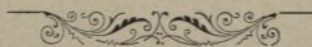
Después de Francia, corresponde á los Estados Unidos el primer lugar en el Palacio de las Máquinas. El célebre Edison ha trasportado allí gran parte de su laboratorio de Menlo Park, y todos sus maravillosos inventos se hallan instalados para asombro y admiración aun de los visitantes más profanos. Edison no es un inventor vulgar:



La niebla

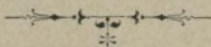
cuanto ha concebido tiene el sello, no sólo de lo extraordinario, si que también de lo mágico y fantástico. El día de la inauguración del Gran Certamen, al entrar el Presidente de la República, Mr. Carnot, en la Galería de Máquinas, un fonógrafo de Edison le recitó... ¡tal como lo leéis! ...le recitó un discurso de... Mr. Grevy, su dignísimo y honorable antecesor. ¡Qué de recuerdos no se despertarían en aquel instante en la mente del actual presidente! ¡Cómo se conturbaría su espíritu noble y justiciero ante la terrible injusticia cometida por sus electores contra el expresidente de la República! Pero todo lo ha previsto la electricidad en manos de Edison: apenas una máquina terminó la oración de Grevy, otra echó á cantar una romanza cantada por la Patti, con su mismísima voz y sus incomparables filigranas. El ruiñeñor venció al águila, no por la fuerza, sino por la seducción.

BENJAMÍN





LA CONSTANCIA



El ángel guardador de las mujeres
me dijo un día:—Entre todos los seres
que ha hecho Dios, mi Señor, ninguno existe
de tanta gallardía,
belleza ni poder, como atesora
de la mujer la fuerza encantadora.
El hombre piensa y hace aisladamente,
y, si á un partido ó sociedad se afilia,
lo hace con su persona solamente,
sin mezclar para nada á la familia.
La mujer, al contrario:
ella se infiltra en la naciente prole,
y, con ese poder extraordinario

que engendra el fanatismo y la hermosura,
hace que en aras de los dos inmole
el hombre sus creencias y deseos,
y á veces su esperanza y su ventura.
—Y ¿es constante en querer? ¿Tiene firmeza?
le pregunté.—Y el ángel, sonriendo,
movió su rubia, celestial cabeza,
y terminó diciendo:
—¡Ah! Dios no le ha querido dar constancia,
porque si la tuviera,
dueña de la vejez y de la infancia,
¿qué poder á los suyos resistiera?

JOSÉ C. BRUNA



* NUESTROS GRABADOS *

EL DÍA TEMPESTUOSO

Oid, hijos míos, cómo la lluvia cae á torrentes, cómo el viento del norte sopla con inusitada furia, y pensad en los pobres que, sin albergue ni hogar, deben buscar refugio y no le encuentran á veces. Bien podéis dar gracias á Dios, hijos míos, por veros libres de estas penalidades, y el cielo os recompensará cuanto hagáis en favor de los necesitados.

LA COMEDIA

La dama, la graciosa y el galán
son llamados tres veces á las tablas,
obligados de nuevo á repetir
la comedia infantil (que era una fábula).

EL CAIMÁN PEQUEÑO

La hembra del caimán busca un espacio á propósito entre las altas cañas de las orillas de los ríos ó estanques profundos cuando se acerca el momento de dar á luz su progenie. Allí forma una curiosa construcción semiesférica, procediendo de una manera singular. Primeramente traza un círculo en el suelo, cuya circunferencia es algo más grande que la de la rueda de un carro; alisa el terreno, y, apenas se endurece, deposita en él una serie de huevos, mayores que los de gallina y de cáscara muy resistente, repitiendo la misma operación hasta llenar todo el espacio de su vivienda, extendiendo capas sucesivas de tierra, que alcanzan á la parte superior.

Algunas veces la hembra del caimán deposita hasta un centenar de huevos y vigílalos con el mayor celo, dispuesta á defender su futura progenie contra cualquier enemigo. Los caimanes pequeños siguen á la madre por el agua como lo hacen los patitos.

Los pequeños reptiles no tienen al principio mucha fuerza, y así es que, si las grandes aves les pican, ó las tortugas les muerden, gritan para que la hembra les defienda.

Cierto día un joven negro cogió un pequeño caimán, aprovechando el instante en que la hembra se había alejado. Media unas 6 pulgadas de longitud, y el chico lo vendió á una señora, quien lo puso en un cajón forrado de plomo y lleno de agua. Cierta día, cuando los chicos de la casa fueron á visitar el caimán, no le encontraron ya, y al cabo de largas pesquisas halláronlo dentro de la estufa, donde por fortuna no había fuego.

El pequeño caimán tomaba por único alimento un pedacito de carne todos los días, y á veces lo dejaba. Estos reptiles pueden pasar bastante tiempo sin comer cuando son grandes, y entonces son también muy temibles.

BASILIO Y LA MOSA

La mosa, especie de ciervo que sólo se ve ya en el norte de América, es un animal de extraño aspecto. Bastante corpulento, tiene las astas muy grandes, y distínguese por sus pesadas formas. Mi hijo Basilio se asustó mucho la primera vez que vió uno de estos animales. Había ido una mañana al bosque á colocar sus trampas para coger conejos y pájaros, cuando de pronto oyó un ruido á corta distancia, y, al volver la cabeza, sobrecogióle la presencia de un animal muy corpulento que avanzaba con mucha lentitud, como si estuviese cansado. Basilio quiso emprender la fuga; mas el perro que le acompañaba comenzó á ladrar con furia, y un momento después el muchacho divisó tres cazadores que se adelantaban rápidamente.

La mosa, que sin duda no podía correr á causa de su cansancio pareció dispuesta á

defenderse é hizo ademán de acometer á sus perseguidores; mas en el mismo instante sonó un tiro, y el pobre animal cayó muerto en tierra.

Basilio profirió una exclamación de espanto, y, llamando al perro, corrió á su casa para contar lo que había visto.

EL INVIERNO

—¿Dónde están las abejas que antes zumbaban de continuo en el bosque?—preguntaba una niña á su papá cierta tarde de invierno que habían salido á pasear.—¿A dónde han ido las golondrinas que antes nos alegraban con sus trinos y su continuo volar? ¿Dónde está el colorín y dónde el ruiseñor cuyos dulces gorjeos animaban el bosque y la enramada? ¿Qué se han hecho esas lozanas y preciosas flores cuyos perfumes embalsamaban la atmósfera? Ya no veo más que los gorriones, que, mustios y abatidos, buscan con afán el alimento que á duras penas encuentran y que tan fácilmente hallaban antes.

—El colorín,—contesta el padre,—el ruiseñor, las golondrinas y todas las aves que poblaban el bosque, han ido á buscar climas más cálidos, huyendo de los rigores del invierno; pero ya volverás á verlas la primavera próxima. El gorrión no emigra como ellas, pero es porque tiene más recursos, y, aunque sufre más ó menos hambre, siempre encuentra lo suficiente para vivir en el país que eligió como residencia.

LA NIEBLA

Tan densa es á veces la niebla en Londres, que los transeúntes no pueden recorrer las calles de la ciudad sin llevar hachas ó antorchas, pues de lo contrario se expondrían á mil peligros. En los ómnibus y vehículos de toda especie se deben encender los faroles á fin de evitar un choque, y más de cuatro veces se ha dado el caso de que las personas á quienes sorprende esa niebla se vean precisadas á detenerse por temor de sufrir algún desagradable contratiempo.

MARTA Y ENCARNACIÓN

Marta tenía muchos juguetes porque su mamá era rica, mientras que Encarnación, hija de pobres, apenas conocía aquéllos. Un día fué con su madre, que era asistenta, á casa de Marta, y su mamá no tuvo inconveniente en dejarla jugar con aquella niña, porque era muy preciosa. Marta enseñó todos sus juguetes á Encarnación, á quien todo causaba extrañeza, porque no conocía ninguno de aquellos objetos á que tan aficionadas son las niñas de su edad; y no pudo ocultar su sentimiento, aunque exento de envidia, porque era muy juiciosa y modesta. Marta se compadeció de ella, y, después de haber pedido permiso á su mamá, regaló á la niña varios de sus juguetes, colmándola con esto de satisfacción.

LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA

(Conclusión)

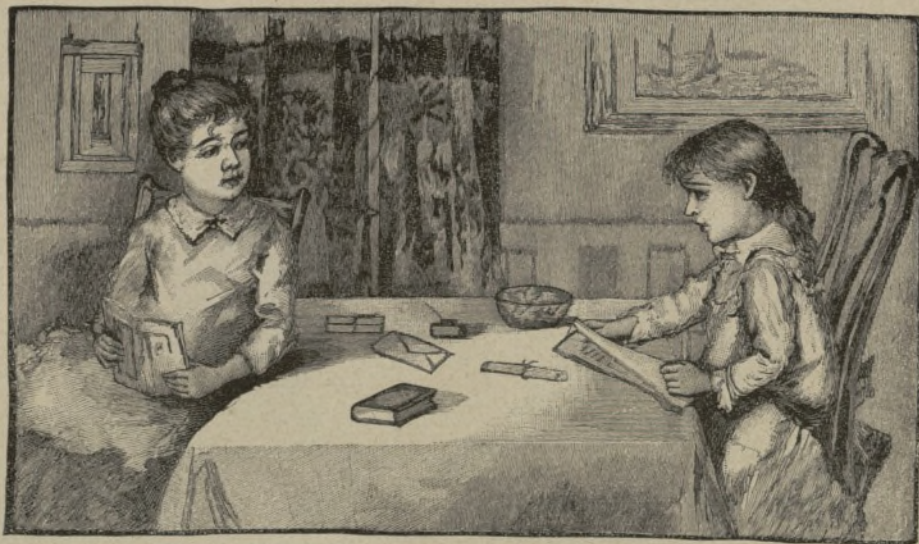
Al día siguiente se encontró muy mal, pero se repuso un poco. Todo el mundo sabía, sin embargo, que se moría.

Una noche, cuando Ruth hubo salido del cuarto, consiguió Bernardo levantarse de la cama y se dirigió lentamente hacia la ventana. Apoyando su frente contra los cristales, miró la catedral. Estaba oscuro, pero podía distinguir el edificio, que se destacaba sobre el cielo.

Bernardo miró por largo tiempo, lleno el corazón de un adiós mudo; miró hasta que sus ojos estuvieron llenos de lágrimas para ver nada. Entonces

hizo el sacrificio del gran deseo que tenía de cantar aún en su cara catedral, y se sometió á la voluntad de Dios. La batalla fué terrible, pero fué librada y ganada. Cuando Ruth entró y se dirigió á él con aire inquieto, la miró con una sonrisa.

Trascurrieron las semanas: iba á acabar el invierno. Bernardo se encontraba cada día más débil. Quedarse tendido en un sofá cerca del fuego, mirar á Ruth ir y venir con su paso ligero y su dulce rostro, devolverle sus tiernas caricias ó permanecer inmóvil horas enteras, con la mirada elevada al cielo: tal era la vida de Bernardo. Cuando Jaime iba á visitarle, el niño escuchaba, con los ojos cerrados y las manos juntas, la dulce y solemne música que toca-



Marta y Encarnación

ba su amigo en el viejo órgano. A menudo fatigado y débil, pero dichoso siempre, sus últimos días eran profundamente apacibles.

Cuando empezaba el crepúsculo y el resplandor del fuego se reflejaba en la pared, Ruth dejaba su labor y se sentaba al lado del enfermito, hablando á media voz. A veces Bernardo se callaba, feliz con tener á su lado á su hermana, y sólo de vez en cuando le dirigía algunas palabras de ternura. Entonces Ruth levantaba la cabeza y fijaba en su hermana sus hermosos ojos, tan grandes y tan afectuosos.

Así es como gustaba de escuchar la música de Jaime, ó bien, si creía que Ruth no estaba fatigada, reposaba en sus brazos y se sentía calmado y fortalecido por los acentos de una melodía que mejor venía del cielo que de la tierra.

Una vez trató de dar gracias á Ruth por todo lo que había hecho por él.

—Jamás has dejado que advirtiera que no estaba entre nosotros nuestra madre, Ruth,—le dijo.

Pero ella puso su mano en los labios del niño, y las lágrimas que vertía tan raramente detuvieron al niño.

Finió el invierno y emprendimos la vuelta de Inglaterra. Volvimos al viejo claustro, ora sumido en la sombra, ora brillante de sol como otras veces. Encontramos las flores de la primavera que despertaban después de un largo

sueño, todas, salvo una florecita tan frágil que se marchitaba en tierra cuando todas las flores primaverales comenzaban á ensancharse.

Llegamos á tiempo para volver á ver al hermanito de Ruth. Sus votos habían sido escuchados y moría en la primavera. Vivió lo bastante para vernos á nosotras, mensajeras del verano, de vuelta de nuestros viajes.



Marta y Encarnación

Jaime fué el último que lo vió. No puede desear nadie más cristiana muerte que la que tuvo el pobrecito niño de coro...

Cubrióse su féretro de flores y de guiraldas de hiedra. Muchos amigos fueron á contemplarle. El pertiguero trajo un lirio blanco que tendió á Ruth llorando, y ésta lo colocó al lado del bello rostro, que no era ni menos blanco ni menos puro.

La víspera del entierro llegó Claudio. No sabía la muerte de Bernardo; pero cuando se acercó á la casa quedó sorprendido del profundo silencio que reinaba en torno de la casa del organista.

En el saloncillo no vió sino á Jaime de pie delante de la ventana, lloroso. Estaba entreabierta la puerta del vecino cuarto, y Claudio vió allí á Ruth de rodillas al lado de un pequeño féretro. Todo estaba dicho. La tristeza invadió otro corazón, pero desde aquel día tuvo Ruth un apoyo en su dolor.

Algunos años después Jaime se despedía de Ruth y Claudio antes de embarcarse para la

Oceanía: muerto Bernardo, el joven había abrazado la carrera eclesiástica, é, impulsado por su fervor religioso, había entrado en las Misiones.

El sol brilla aún en las hermosas mañanas de estío á través de las ventanas de la casa del organista, y en las veladas de invierno el resplandor rojizo del fuego danza aún en la pared. Pero pasos extraños atraviesan el viejo umbral de piedra, y jóvenes voces ríen y cantan allí donde Bernardo languideció y murió.

—¿Nada más?

—Eso es todo.

—Vuestra historia es muy triste, golondrina; pero le quiero mucho á Bernardito. Gracias, golondrina. Me enoja que haya muerto Bernardo. Adiós. Vuelve otro año y me contarás otra historia más alegre.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10. 2.º. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA